

enormidades. Y nosotros repetimos lo que mas arriba hemos dicho con un inquebrantable convencimiento, esto es: que ni una quinta parte de las víctimas de estas cacerías, y muchas veces ni una décima parte, llega á Cuba ú otros puntos, y aprovecha á esos *buenos amos* que les destina la Providencia: porque es

de notar que así interpretan las Sagradas Escrituras los dueños de esclavos.

Este sistema de las partidas guerreras y traficantes es el favorito de los portugueses de Teté; y la carnicería de que nos ha ofrecido triste espectáculo, es superior á toda descripción.



Africana moliendo trigo.

Como todos los médicos, habíamos presenciado escenas terriblemente dolorosas, y la imagen de la muerte nos era harto familiar; pero los horrores ocasionados por el comercio del hombre superan en mucho á todo lo que hubiéramos podido creer.

El sistema de los enganches voluntarios, ó de los libres emigrantes para la isla de la Reunion ó para cualquier otro país, es puramente una añagaza.

Hemos visto á los *libres emigrantes* de los manganjas bajar el Zambese por los canales que llenaban y por donde venian cargados de cadenas. «Nada podeis

ya, nos decia riéndose el gobernador de Teté, porque estamos cubiertos por el pabellon francés.» Creemos que hay en Francia millares de hombres que hubieran pagado con un puntapié éste ultraje al pabellon tricolor.

En resumen: segun los hechos observados, aseguramos en alta voz que la trata, sea cual fuere el nombre con que se la disfrace, no se verifica sino por medio de una verdadera cacería, y opone una barrera insuperable á toda especie de progreso.

(Extracto de la traduccion inédita de M.me. LOREAU.)



Casa con balcon cerrado nuevamente descubierta. —Fuente.

POMPEYA Y LOS POMPEYANOS,

POR M. MARCO MONNIER.

1861.

I.

LA CIUDAD EXHUMADA.

El paisaje antiguo.—Historia de Pompeya, antes y despues de su destruccion.—Cómo fue enterrada y desenterrada.—Las escavaciones en tiempo de Carlos III, Murat y Fernando.

Vamos á hacer un pequeño viaje, no al través del espacio, sino al través del tiempo, y á examinar lo que queda de Pompeya y de los pompeyanos al cabo de 1800 años. Nuestros lectores nos agradecerán, así lo creemos, el extracto que vamos á dar de las relaciones que los mas modernos y mas instruidos viajeros nos han comunicado sobre este punto.

Un camino de hierro se estiende ahora desde Nápoles hasta Pompeya. El trayecto dura sesenta mi-

nutos, atravesando un país notabilísimo desde donde se disfruta de la vista del Vesubio y de la marina con el sitio real de Castellamare. No eran menos pintorescos los alrededores cuando Pompeya fue destruida. La isla de Prochita, las ciudades de Baja, Bauli, Neapolis y Surrentum llevaban poco mas ó menos los mismos nombres que ahora; Portici se llamaba Herculano; Torre Anunziata se llamaba Oplonte; Castellamare, Stabies; Misene y Minerva designaban los dos extremos del golfo. Sin embargo, el Vesubio no era entonces lo que es hoy; fértil y lleno de vegetacion hasta su cima, cubierto de huertas y de viñedos, debía parecerse á las pintorescas alturas del monte de Sant' Angelo, hácia el cual se dirige el ferrocarril. Solo la cima, perforada por cavernas y llena de piedras negras, denunciaba á los hombres científicos un volcan estinguído «desde hacia mucho tiem-

po.» Este volcan debia encenderse de nuevo en una erupcion terrible; y desde entonces constantemente arroja humo y llamas, amenazando á las poblaciones nuevas que arrojando el peligro se han estendido á sus pies.

Pompeya fue una ciudad de 30,000 almas, situada en el fondo de un valle pintoresco entre montañas que cerraban por un lado el horizonte á pocos pasos del mar y de un arroyo que entonces era rio. Hallábase poblada principalmente de comerciantes, gente pacífica, acomodada, prudente y probablemente honrada. Pompeya era el depósito del comercio de Nola, de Nocera y de Atella, y su puerto podia recibir una escuadra, pues que recibió la de P. Cornelio. Este puerto citado por algunos autores ha hecho pensar que la mar tocaba en aquella época en los muros de Pompeya; y hasta algunos guias han creído descubrir los anillos á donde se ataban los buques y las galeras. Pero desgraciadamente donde la imaginacion de nuestros contemporáneos veia una vasta estension de agua salada, se descubrieron un día vestigios de antiguos edificios, y hoy se sabe positivamente que Pompeya como otras muchas poblaciones de la costa, tenia su puerto á cierta distancia.

Los habitantes de Pompeya eran ciudadanos romanos y reconocian á Roma como capital y como patria. La legislacion local estaba subordinada á la legislacion de Roma; pero con todo esto Pompeya formaba como una especie de pequeño Estado aparte independiente y completo. Tenia un senado en miniatura compuesto de decuriones, un compendio de aristocracia representada por sus *Augustales* que correspondia á la clase de caballeros romanos; y en fin, la plebe ó el pueblo. Nombraba sus sacerdotes, convocaba los comicios, promulgaba las leyes locales, arreglaba las levas militares, percibia los impuestos, elegía en fin, sus gobernantes, sus cónsules (dumvros encargados de la justicia) sus ediles, sus cuestores, etc... Era, pues, una pequeña Roma.

Otra circunstancia le da un carácter particular. Pompeya habia sufrido un gran terremoto en el año 63 antes de Jesucristo. En aquel terremoto se hundieron muchos templos, ademas de la columnata del Foro, la Basílica, los teatros, los sepulcros y multitud de casas. Casi todas las familias huyeron llevándose sus muebles y sus mármoles, y el senado romano, vaciló largo tiempo antes de permitir que se reedificara la ciudad, y se poblase de nuevo aquel desierto. Al fin, los pompeyanos volvieron á habitarla, pero los decuriones quisieron que la restauracion fuese completa. Las columnas del Foro se levantaron inmediatamente con chapiteles á la moda de la época; el órden corintio romano, adoptado casi en todas partes, cambió el estilo de los monumentos, los viejos fustes cubiertos de estuco, recibieron la nueva forma

que se les quiso imponer; las inscripciones oscas desaparecieron.

De aquí resultaron graves faltas bajo el punto de vista del arte; pero tambien cierta consonancia que regocija á los que gustan de monumentos y de ciudades uniformes. En estos casos el gusto pierde, pero la armonía gana; y hoy el viajero que recorre las ruinas de Pompeya, observa un gran conjunto de edificios que dan una idea clara y distinta de lo que debia ser un municipio en tiempo de Vespasiano.

Comenzóse, pues, la reedificacion de la ciudad y se llevaba adelante con actividad suma, gracias á los donativos de los pompeyanos, y especialmente de los empleados públicos; los templos de Júpiter y de Venus, los de Isis y de la Fortuna, estaban ya acabados; los teatros se levantaban de sus ruinas; las lindas columnas del Foro se alineaban bajo los pórticos; las casas repobladas se adornaban de hermosas pinturas; la vida circulaba; la multitud se agrupaba al anfiteatro cuando estalló de repente la terrible erupcion del año 79 de nuestra era; erupcion que sepultó á Pompeya bajo una granizada de piedras y un diluvio de cenizas. Esta formidable resurreccion del volcan destruyó tres ciudades y muchas aldeas, y despobló el pais en un momento.

Despues de la catástrofe, volvieron sin embargo los habitantes que habian podido salvarse; practicaron las primeras escavaciones para desenterrar sus objetos preciosos; multitud de ladrones se presentaron tambien (nuestros sabios les han sorprendido como infraganti) en la ciudad subterránea. Se sabe que el emperador Tito tuvo por un momento la idea de descombrarla y reedificarla, y con este objeto envió allá dos senadores encargados de hacer los primeros estudios. Mas parece que el trabajo que habia que practicar, asustó á estos dignatarios, y la restauracion quedó en proyecto. Roma tuvo en breve cuidados mas grandes que el de reedificar una pequeña ciudad arruinada, que desapareció poco á poco bajo las viñas, huertos, jardines y bajo un bosque espeso (nótese esta última circunstancia); en fin, los siglos se acumularon y con ellos el olvido que todo lo cubre. Pompeya quedó perdida: los pocos hombres científicos que la conocian de nombre no sabian dónde estaba; y cuando á fines del siglo XVI el arquitecto Fontana construyó el canal subterráneo para llevar las aguas del Sarno á Torre Anunziata, el conducto atravesó á Pompeya de un extremo á otro, perforando las paredes, siguiendo antiguas calles, encontrando edificios é inscripciones, pero sin que nadie sospechase que habia allí una ciudad sepultada. Sin embargo, el anfiteatro, que cubierto de una espesa corteza de tierra formaba un foso regular, denunciaba con su aspecto una construccion antigua, y los aldeanos, mejor informados que los doctos, designaban

con un nombre semi-latino, la *Civita*, conservado por tradiciones confusas, los terrenos que se habian acumulado sobre Pompeya.

Solo en tiempo de Carlos III, en 1748, cuando el reciente descubrimiento de Herculano atrajo la atencion del mundo hácia las antigüedades que contenia, fue cuando algunos trabajadores en las viñas, habiendo dado con sus azadones en antiguas casas y desenterrado varias estatuas, dieron ocasion á que el coronel de ingenieros don Roque Alcubiere pidiese al rey el permiso de hacer algunas escavaciones en aquel sitio. El rey se lo concedió dándole doce presidiarios para los trabajos; pero todavía pasaron ocho años antes que pudiera sospecharse que se iba á desenterrar á Pompeya; los doctos creian que el descubrimiento era de Stabies.

No nos detendremos en la historia de las escavaciones, mal dirigidas, con frecuencia abandonadas y emprendidas de nuevo por el mismo capricho que habia impulsado á abandonarlas.

El emperador José II las visitó en 6 de abril de 1796 y se quejó al rey Fernando del poco celo y el escaso dinero que se empleaba en ellas. El rey prometió enmendarse, pero no cumplió su palabra. Durante la ocupacion francesa, el gobierno compró todos los terrenos que cubrian á Pompeya, y en 1813 se ocuparon hasta cuatrocientos setenta y seis obreros en las escavaciones. Pero á la vuelta de los Borbones se vendieron de nuevo los terrenos que habia comprado el gobierno de Murat, y poco á poco se fue disminuyendo el número de trabajadores, hasta que al fin cesaron los trabajos, no continuándose sino alguna que otra vez para preparar sorpresas, cuando alguna testa coronada visitaba aquellos sitios. Cuando esto sucedia, se descubria siempre algun objeto que de antemano se habia sepultado bajo una capa de cenizas y piedra pómez, y asi fueron engañados uno á uno todos los augustos personajes que quisieron visitar las ruinas.

Pero hay mas, no solamente no se hacian nuevos descubrimientos, sino que tampoco se conservaban los monumentos descubiertos. El rey Fernando, creyendo mal empleados los 100,000 reales que se dedicaban á las escavaciones todos los años, los redujo á 40,000, una gran parte de los cuales se quedaba entre las manos por donde tenia que pasar. Asi Pompeya iba cayendo poco á poco no ofreciendo mas que ruinas de ruinas.

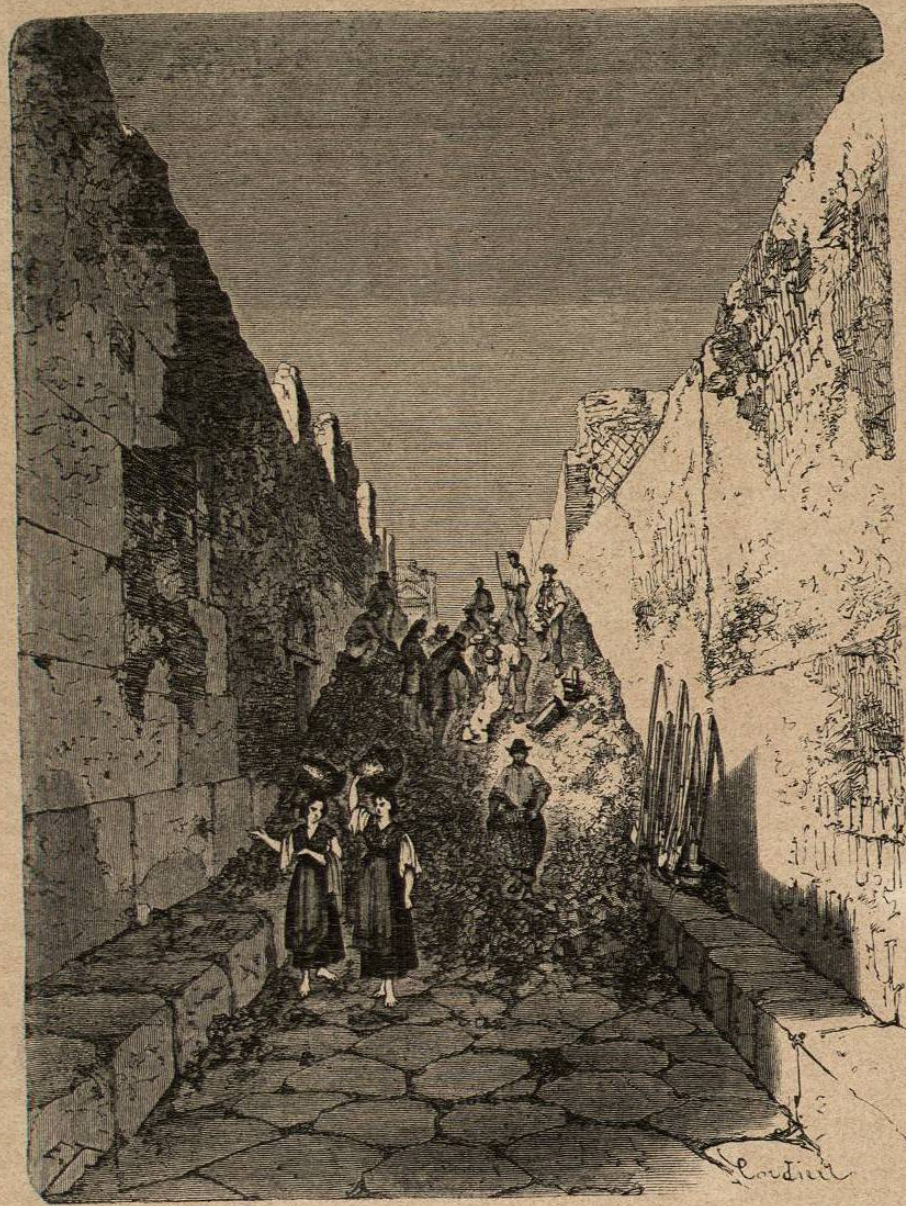
El gobierno italiano, establecido por la revolucion de 1860, nombró inspector de las escavaciones al señor Fiorelli, que reúne á una gran inteligencia una maravillosa actividad y una vastísima erudicion. Bajo su administracion se han empleado en los trabajos de escavacion setecientos obreros á la vez, los cuales han desenterrado en tres años mas tesoros que

se habian descubierto en los treinta años precedentes. Todo se ha reformado y moralizado en la ciudad muerta. El visitante da dos pesetas á la puerta y no tiene que pagar ya á los guias, porteros, pilluelos y mendigos que en otro tiempo le desbalijaban. Un pequeño museo establecido hace poco, proporciona á los curiosos la ocasion de examinar en el mismo sitio las preciosidades descubiertas, y una biblioteca que contiene ya hermosos libros, de varios autores que han escrito sobre Pompeya, permite á los estudiosos consultarlos en Pompeya misma. Se han abierto talleres en que se trabajaba continuamente para la restauracion de las paredes cuarteadas, de los mármoles y de los bronceos. Allí puede verse al artista Bramante, al mas ingenioso restaurador de las antigüedades y á Padiglione que con admirable paciencia y fidelidad minuciosa construye un pequeño modelo de corcho de las ruinas ya descombradas. En fin, ya no se trabaja en las escavaciones solo de cuando en cuando y delante de algun gran personaje, sino que se trabaja delante de todo el mundo y todos los días, á menos que no llegue á faltar el dinero.

Tres sistemas se han empleado para las escavaciones. El primero, inaugurado en tiempo de Carlos III, era el mas sencillo; consistia en cavar la tierra, sacar los objetos preciosos y volver á colmar los hoyos que se hicieran; excelente medio de formar un museo destruyendo á Pompeya. Este sistema se abandonó cuando se advirtió que lo que yacía debajo de tierra era nada menos que una ciudad. El segundo sistema perfeccionado poco á poco en el último siglo, fue continuado por el gobierno de Murat. Se abrieron trabajos en muchos puntos á la vez, y los obreros marchando los unos hácia los otros, perforando y cortando la colina, seguian las calles descombrándolas paso á paso ante sí. Mas al seguir las calles al nivel del suelo, se atacaba por su base el monte de cenizas y piedra pómez que las obstruia y resultaban hundimientos muy sensibles. De esta manera, toda la parte superior de las casas, comenzando por los techos, se hundia entre los escombros, sin contar mil objetos frágiles que se rompian ó se perdian sin que pudiera determinarse el paraje de donde habian caido. Para evitar este inconveniente, el señor Fiorelli acaba de inaugurar un tercer sistema. No sigue las calles rasando el suelo, sino que las marca por cima de la colina y traza de este modo entre los árboles de las tierras cultivadas, vastos cuadrados que indican las manzanas de casas subterráneas. Trazada una manzana, el señor Fiorelli, compra de nuevo el terreno que vendió el rey Fernando I, y cede los árboles que en él encuentra por un precio que contribuye á formar la biblioteca de que antes hemos hablado. Hecho esto, se empieza á cavar la tierra por el vértice de la colina y se la trasporta á un camino

de hierro que desde el centro de Pompeya por una pendiente que ahorra los gastos de máquina y de carbon, descende hasta mucho mas allá del anfiteatro y de la ciudad. Así se resuelve la cuestion

mas grave, la del sitio donde han de echarse los escombros. Con ellos se forma el camino de hierro, que tal vez algun dia les arrojará al mar. Nada mas animado que los trabajos de escavacion.



Escavaciones en una callejuela de Pompeya.

Los hombres mueven la tierra con sus azadones, y multitud de muchachas acuden sin interrupcion con su cesto en la cabeza para llevarse los escombros al camino de hierro. Estas muchachas generalmente son ó aldeanas de los pueblos inmediatos ú obreras de las fábricas cerradas á consecuencia del alza de los algodones y de la invasion de los tejidos ingleses. Nadie hubiera sospechado hace algun tiempo que el libre-cambio y la guerra de América hubiesen dado

obreros á Pompeya. Pero todo está hoy relacionado en este vasto mundo. Acuden, pues, llenan sus cestas de tierra, de cenizas y de piedra pómez, las cargan sobre la cabeza con la ayuda de los hombres, y se dirigen por grupos hácia el ferro-carril, cruzándose con las compañeras que vuelven de vacío. Con sus vestidos agujereados y de vivos colores, caminan á grandes pasos, dibujándose bien al través de sus largas faldas los movimientos de las piernas desnudas,



Ruinas del templo de Venus.— Foro romano.

das, mientras sus brazos, en actitud de caneforas, sostienen sobre la cabeza la pesada carga. Todo esto está de acuerdo con los monumentos que aparecen

poco á poco bajo tierra; y si los visitantes extranjeros no turbaran de cuando en cuando esta armonía, podría uno preguntar en medio de aquel paisaje virgi-